

CHILE Y LAS TENDENCIAS ASOCIATIVAS EN EL MUNDO ACTUAL

Claudio Collados Núñez *



Chile presenta en su conformación cultural, especialmente en la de sus estamentos dirigentes, dos rasgos con alta incidencia política; uno de orden geopolítico: su destacada agorafobia, y otro de

índole psicopolítica: su acentuada xenofilia.

Estas dos fijaciones mentales influyen actualmente en su comportamiento internacional y son las que de manera concurrente, frente a un diferido proceso de apertura unilateral con asociación a distancia, están pavimentando el camino que nos lleva a pasos acelerados hacia el diseño y concreción de un acuerdo formal de integración plena con los países que integran el cono sur de nuestra América.

Es de su naturaleza que una fobia espacial que da origen a una cautelosa actitud pasiva y una filia sociocultural que alimenta un ávido comportamiento activo, parecieran ser obviamente contrapuestas; no obstante, se da el caso curioso que ambas, partiendo de fundamentos distantes, se hacen convergentes y propenden a potenciar una misma aproximación internacional que apunta claramente a la integración vecinal.

Conviene analizar las circunstancias que han concurrido para dar lugar a esta singular situación, en torno a la cual cabe elaborar algunas reflexiones y proyecciones.

A. Agorafobia chilena.

La actitud actual de los chilenos respecto de su territorio aparece en general como abiertamente displicente, pero en realidad supera lo que podría ser un simple desagrado por los espacios situados más allá del ámbito silvo-agro-pecuario del corazón del país y alcanza ribetes tan aprensivos respecto de incursionar en otras extensiones, sobre todo si son marítimas, que a veces linda con la angustia, por lo que llega a constituir un virtual caso de agorafobia. Tal fenómeno, por su profundidad y amplitud, no puede sino relacionarse con sucesos históricos y con raíces culturales.

En nuestros orígenes nacionales, las vigorosas legiones españolas que conquistaron este país, vinieron a Chile en el cumplimiento de una misión imperial que tenía el propósito expreso de cerrar para la Corona de los Hasburgos el inmenso Mar del Sur, ruta y ámbito de las islas de las especias; tal propósito era muy distinto del previo intento exploratorio de Almagro, que tuvo un carácter marcadamente personal y una intencionalidad meramente exploradora de supuestas riquezas metálicas y, por eso mismo, su fracaso no tuvo mayor trascendencia.

La misión imperial, en cambio, llevada a cabo inicialmente por Valdivia, fue de carácter permanente, imperativo y trascendente.

Como dice Encina, "Los rasgos esenciales comunes a la psicología del conquistador son muy acusados. En todos late

* Capitán de Navío IM. Oficial de Estado Mayor. Magno Colaborador, desde 1982.

un impulso de proyección fuera de lo común, hay un sentido desmesurado, muy español por cierto, de realizar empresas inauditas e inverosímiles. Todos tienen una fe ciega en sí mismos, desprecio por el peligro, audacia ante lo desconocido. El vértigo colectivo de expansión que anima a la España del siglo XVI se expresa idóneamente en la mentalidad del conquistador”.

La ímproba gesta de Valdivia, que en su esencia era una carrera hacia el Estrecho,



Pedro de Valdivia.

quedó inconclusa, incidiendo en ello la precariedad de los medios disponibles; la muerte del líder que había internalizado hondamente su misión, desarrollando una visionaria perspectiva espacial hacia el sur, desgraciadamente no tuvo

herederos. La trágica e infructuosa expedición marítima de Sarmiento de Gamboa hizo aún más rotunda la persistente barrera infranqueable que la resistencia mapuche significó para el uso de la ruta terrestre a través de los aborrecibles bajos pasos cordilleranos de la Araucanía.

Se puso fin así al designio imperial de fuerte contenido espacial, enervado a poco andar por la presencia marítima de ingleses y holandeses en las aguas del Pacífico -que de paso ahuyentó el poblamiento colonial del litoral chileno- y por el franco desistimiento español en la pugna internacional sobre el dominio de las islas de las especias en el extremo occidental del Pacífico.

Las huestes españolas quedaron atrapadas en el valle central, luchando esporádicamente con un adversario astuto que fue mellando sus arrestos guerreros cre-

cientemente debilitados por la pérdida de sentido político-estratégico de su esfuerzo militar. Por otra parte, alternar rutinariamente las armas con el arado, convirtió a los soldados en sedentarios labriegos cada día más prendados de su terruño acogedor.

Con el tiempo, toda incursión transfronteriza se hizo azarosa y sin mayor justificación, pues los sueños imperiales de proyección espacial fueron trastocados en prosaicos proyectos de extracción de metales preciosos y de agricultura de subsistencia, alentados tanto por la dispendiosa y siempre escuálida metrópolis como por los interpuestos virreinos de ultramar, más preocupados de allegar con holgura su propia cuota de sostenimiento real que de impulsar los decadentes intentos peninsulares de gravitación mundial.

Así se fue formando en la mentalidad chilena ese apego entrañable por vivir en su limitado ecúmene, sin que la vecindad del océano, dada su inmensa extensión y su costa desprotegida, alimentara un verdadero carácter marítimo, ese que conlleva un subconsciente aprecio colectivo por trasponer el horizonte; por el contrario, se desarrolla por el mar un temor reverencial que inhibe todo intento de poseer el espacio exterior. Estos sentimientos se ven reforzados por la nueva savia colonizadora de los inmigrantes del país vasco, imbuídos históricamente de un fuerte espíritu lugareño.

Esta es la génesis de la agorafobia chilena, que el devenir republicano no ha hecho sino acentuar, a pesar de las apariencias en contrario. De hecho, durante toda su vida independiente, en Chile siempre se ha impuesto una predisposición territorial retráctil, que ha dejado sin apoyo real la legítima retención de espacios heredados, conquistados o incorporados, y han quedado abandonados y sin firme presencia nacional muchos de ellos evidentemente propios pero susceptibles de disputa, sea en las fronteras, islas oceánicas, áreas antárticas o zona económica exclusiva y, mucho menos, los fundados en meras teorías, como el mar presencial.

Este claro sentido agorafóbico ha generado un desafecto por la categoría geográfica en sí, el que se ve reflejado en el peyorativo trato académico que se da a la disciplina de la geopolítica, que le está tan vinculada, y a la que, además, se le asignan intencionalidades expansionistas que, a su vez, supuestamente, alimentan tendencias belicistas de presunto origen o beneplácito militarista.

Por lo anterior, todo el contexto geográfico pasa a ser un ámbito cuestionable del conocimiento, que más vale rehuir porque, a la larga, quien se adentra en su temática corre el riesgo de ser considerado un promotor de conflictos y aún, en extremo rigor, un ciudadano preocupado de minucias, receloso, intolerante, adverso al diálogo; poco menos que un antisocial y, aún peor, sospechosamente antidemocrático. De aquí el lugar tan mínimo que la geografía tiene en nuestros programas de educación media, cuya mejoría nadie se atreve a propiciar.

Un caso de particular sentido agorafóbico ha sido nuestra política de límites con Argentina.

Se da el caso que el manejo argentino de su política exterior en relación con Chile ha sido siempre territorialista, teniendo además el cuidado de centrar claramente su objetivo nacional en términos de un interés específico que es, a la vez, un bien altamente valorado en cada época por la comunidad de naciones. De este modo, su obtención constituía no sólo un aporte a su poder nacional, sino un real potenciamiento de su estatura política internacional.

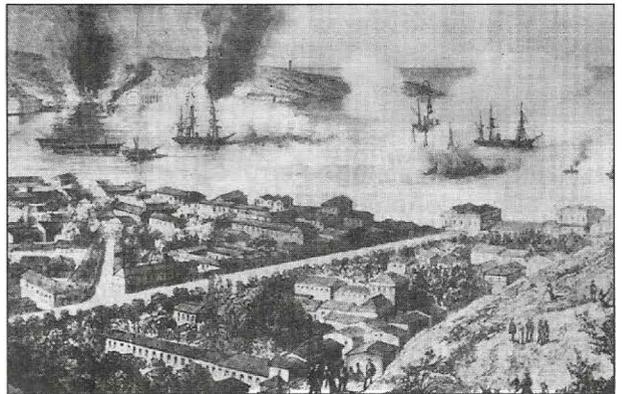
Los chilenos, por su parte, si bien perspicaces en términos individuales, políticamente han ido a la zaga en estas evoluciones del devenir internacional, demostrando reiteradamente, en lo territorial, una feble visión panorámica, que se hace aún más débil en términos prospectivos.

En el siglo XIX, el bien que daba jerarquía a los Estados era la extensión del territorio bajo su dominio. El imperialismo dominante era de carácter esencialmente territorial;

así, el colonialismo europeo compensaba con enclaves hacia todos los horizontes la escasa dimensión territorial de algunos países rectores; Gran Bretaña y Holanda son un caso ejemplar. Por su parte, en un ámbito regional, para los Estados con pretensiones hegemónicas, el expediente preferido era la expansión territorial a lo largo de las fronteras; emblemático en Sudamérica es, al respecto, el caso del Brasil.

En esas circunstancias, Argentina se juega por la Patagonia y las tierras australes, aposentándose con decisión en ellas y haciendo ostensible su vigoroso énfasis soberano.

Chile, en cambio, en la primera mitad de ese siglo, sólo para evitar un debilitamiento político relativo en el entorno regional, entra en guerra contra la Confederación Perú-boliviana; alcanzada la victoria, retira sus ejércitos sin retener ni una pulgada de territorio.



Bombardeo de Valparaíso por la escuadra española, 31 de marzo de 1866.

Pasado el medio siglo, por una solidaridad vecinal mal retribuida, se enfrasca en una guerra marítima que le cuesta la desaparición de su marina mercante y la destrucción de su primer puerto; frente al bloqueo y bombardeo naval, llevado a cabo precisamente desde el espacio exterior que tanto se ha empeñado en desconocer y que tanta ansiedad le provoca, sólo atina a fortificar tardíamente ese puerto, sin barruntar siquiera que en el fondo su propia agorafobia se

entronca con su aversión marítima y provoca la consiguiente indefensión territorial.

Posteriormente, para evitar una ilícita cuanto injusta expoliación económica, libra la Guerra del Pacífico, tras la cual, casi sin quererlo y luego de sucesivas campañas que ocupan tierras más por necesidades estratégicas que por imperativo político, recupera la zona al sur del Loa -que había estado ocupada condicionalmente por Bolivia- y se expande hasta el corazón del territorio adversario para luego retrotraer sus pretensiones hasta el río Sama. Más tarde, tras su ocupación sin verdadero ánimo de dueño, cede la provincia de Tacna, aceptando incluso en la Arica un enclave, "El Chinchorro", marginado de la jurisdicción chilena; incluso hasta hoy le ha costado manejar insólitas pretensiones territoriales peruanas jamás incluidas en las estipulaciones del Tratado de Paz.

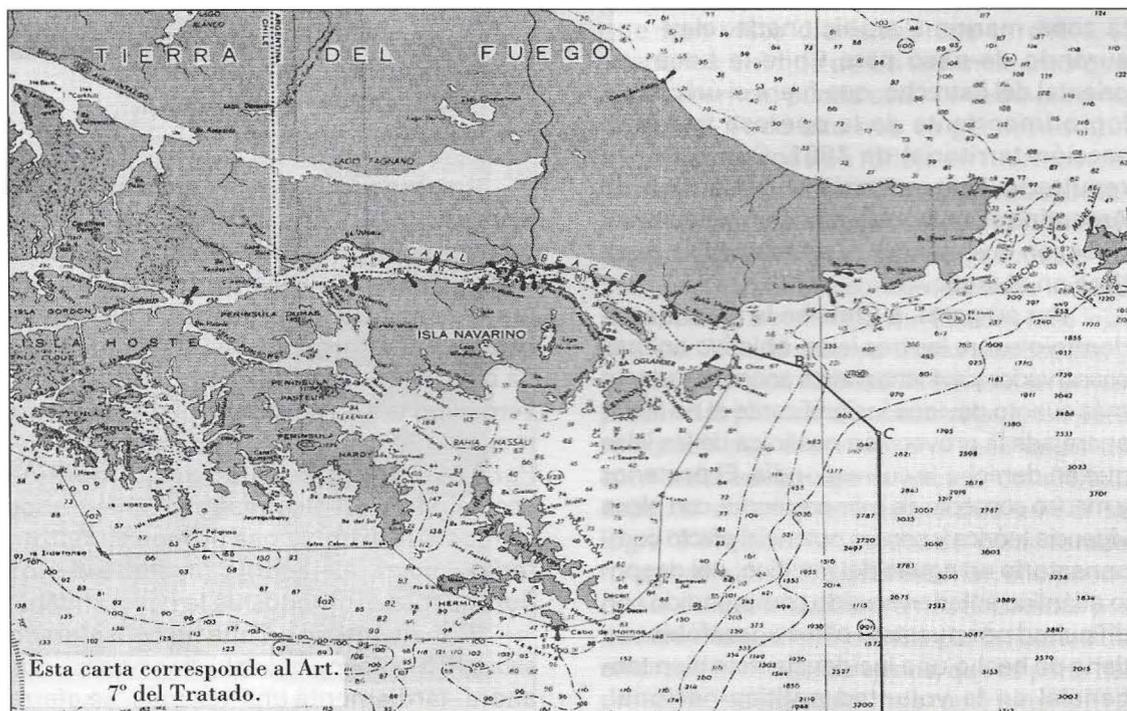
Desgano similar ocurrió con la Puna de Atacama, cedida sin mayor interés, casi en su integridad.

En la zona austral, más preocupado de su conexión marítima con Europa que de

retener territorios supuestamente estériles cuyos litorales la Armada controló por decenios sin concitar mayormente el interés político, Chile en 1881 da vuelta la espalda a la Patagonia y se precia de mantener bajo su soberanía las aguas del Estrecho de Magallanes, incluida su boca oriental.

Poco después, Argentina, devenida territorialmente inmensa, recibe una frenética inmigración europea atraída por la solidez de un país que posee tan enormes extensiones, con la que rápidamente duplica su población, asimila en alto grado la influencia cultural europea y se distancia significativamente de su vecino occidental en todos los parámetros de la consideración internacional.

Un siglo después, el bien espacial que concede jerarquía internacional es la más amplia posesión y jurisdicción marítimas. Este potenciamiento permite al Estado ribereño no sólo el control de sus líneas de comunicaciones marítimas que, naturalmente, le son vitales, sino de los recursos marinos aledaños, de creciente importancia económica a nivel



mundial; con ello, si la voluntad política nacional está decidida a ejercer un marcado dominio sobre tales áreas marítimas, obtiene no sólo ventajas económicas sino el beneficio de elevar su gravitación política internacional.

En estas nuevas circunstancias, Argentina se empeña por expulsar a Chile de ciertas aguas atlánticas que eran de suyo chilenas por la proyección de sus islas austrorrientales y, en tal empeño, declara insanablemente nulo un laudo absolutamente legítimo que favorecía a Chile en su condición atlántica; para lograr su objetivo, arriesga incluso ir a la guerra.

La firme decisión chilena de hacer evidente en la zona su capacidad bélica, así como su voluntad política para resolver por las armas esta contienda que entrañaba intentos de invasión, inhibe a Argentina de emprender tal aventura, a todas luces incierta.

Acto continuo, sin abandonar su objetivo, Argentina acepta con cierta renuencia una mediación papal que, a la postre y en lo substancial, le concede la zona marítima ambicionada, clausurando de paso para Chile la boca oriental del Estrecho, que fuera el único logro importante de la onerosa transacción territorial de 1881. Con este resultado, la presencia sudatlántica de Argentina se agiganta, lo que se refleja en el rigor con que maneja su preeminencia marítima en el área.

Por su parte, a Chile se le reconoce el dominio sobre las tres islas, objetivo apenas conservador y evidentemente anacrónico, tanto más cuanto deviene insignificante al no llevar aparejada la proyección oceánica de las islas que en derecho le correspondía. El posterior y macizo concepto de mar presencial, con plena vigencia teórica y con un potencial efecto compensatorio en aguas del Pacífico, del despojo atlántico anterior, ha sido comprendido con dificultad por nuestras elites agorafóbicas y tiene de hecho una incidencia más bien tangencial en la voluntad política nacional,

como lo indica el caso de la pesca de albacora por parte de naves españolas.

Al acceder el mundo al siglo XXI, se perfila como bien esencial para la prosperidad de las naciones, la plena disponibilidad de aguas dulces en forma abundante y segura.

En este contexto, Argentina plantea como su principal objetivo político nacional, la integración a su territorio de la mayor parte de los hielos continentales del tramo andino austral, para lo cual firma con Chile un primer acuerdo de demarcación fronteriza que le significa a posteriori, mediante un arbitraje digno de Guinness, el dominio íntegro de Laguna del Desierto.



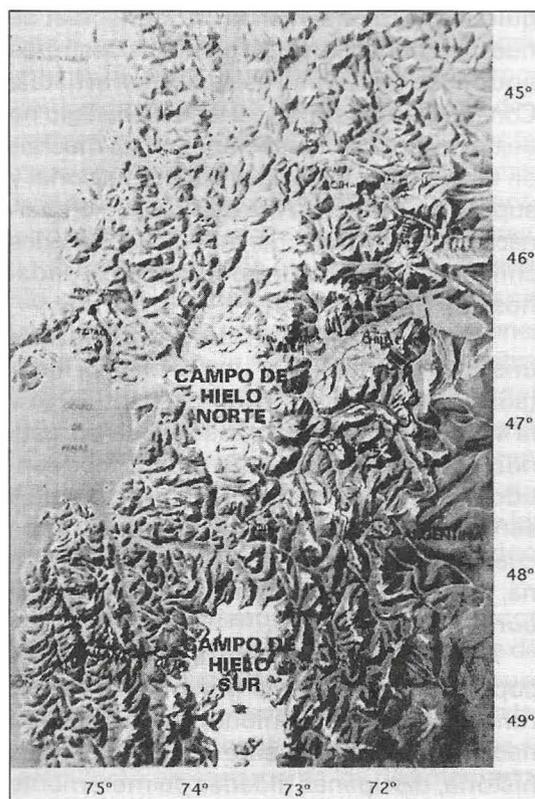
Costado noroeste de "Laguna del Desierto".

Logrado lo anterior, maniobra para alcanzar un segundo acuerdo, que le entrega a perpetuidad -so pretexto de que le es inalienable su legítimo derecho a las fuentes hídricas de su principal hoya fluvial patagónica- las ingentes masas de agua sólida del sector norte del campo de hielo sur, verdadero tesoro en el siglo que se inicia del recurso natural más escaso en el planeta. Para este logro substancial, Argentina acepta retrotraer algo más al oriente ciertos tramos de su ambiciosa proposición fronteriza inicial, alejándola un tanto de los fiordos más profundos de la costa chilena.

Con lo anterior, Chile ha considerado satisfecho su menguado objetivo político, que ahora -tardíamente una vez más- se aferra

a aspectos marginales, más bien simbólicos, del dominio costero. Este factor, por lo demás, no pasa de ser un mero gesto argumental para calmar a sectores chilenos disconformes con el trazado, pues bien sabemos que -salvo casos excepcionales de gobernantes visionarios- ni el desaprensivo sentimiento popular ni la consiguiente formulación política nacional han sabido históricamente, valorar tales regiones ni mucho menos impulsar su desarrollo, como se desprende del escuálido poblamiento del borde costero en nuestra zona austral.

Se demuestra así, una vez más, cuán poco se aprecia en Chile al espacio territorial. Esta escasa conciencia espacial del pensamiento político nacional, restringida a un aprecio sentimental por el terruño huaso vernacular, es el fundamento de nuestra endémica dificultad para proyectar espacialmente al Estado más allá de los lindes tradicionales del folclórico Chile lindo del valle central.



B. Xenofilia chilena.

Fuera de lo anterior, es del caso considerar que esta mínima valoración espacial chilena puesta en evidencia en la contumaz relación con Argentina, tiene como contrapeso una poderosa corriente de pensamiento político notablemente influyente en el accionar chileno en materias de política exterior. Tal concepto directriz se centra en dos valores preeminentes que asumen el rol de objetivos políticos prioritarios; son dos metas promovidas con manifiesto énfasis y verdadera mística: la concordia y el prestigio internacionales.

La concordia, ansiada particularmente con los Estados vecinos como desiderátum de la Seguridad, se busca fundamentalmente a través de una declarada política de ausencia de disputas bilaterales por motivos territoriales, lo que, fuera de su mérito intrínseco, tiene efectos contraproducentes pues reanima, en aquellos a quienes les ha reportado incrementos territoriales, tendencias expansionistas que, a diferencia de lo que nos ocurre a nosotros, no les incomodan en absoluto; en aquellos otros que han visto disminuir sus territorios, exalta los ánimos de un revanchismo que bien sabemos, puede estar larvado pero no dormido. Todo ello nos va generando un mayor costo, que se refleja en mermas del patrimonio territorial fronterizo, que el ciudadano chileno, dadivoso por naturaleza, asume con cierto sentido de grandeza.

Este espíritu de concordia puede incluso extrapolarse a conflictos con Estados más lejanos, como es el caso ya citado con España y la Unión Europea respecto de la pesca en el mar presencial y el uso de nuestros puertos para reexpedir sus capturas; si a esta ansia de concordia se agrega la escasa conciencia espacial chilena, es posible que aún si se lograra imponer el escenario considerado más favorable, el Tribunal del Mar, ello pueda no ser suficiente pues entramos debilitados por nuestra marcada preferencia por la libertad de empresa en territorios ajenos, que es parte del prestigio, nuestra segunda meta exterior.

Este objetivo del prestigio, considerado la palanca internacional de la Prosperidad, se le estima fundado en los logros empresariales y laborales de nuestros nacionales, tanto en la patria como, preferentemente, en el extranjero. Ello se apoya en la propia cultura nacional, cuyo profundo sentido humanista enfatiza el predominio del hombre sobre la naturaleza, según la convicción de que los recursos no tienen validez en sí mismos sino en la medida que el hombre los valoriza a través de sus procesos productivos; así, la extensión del territorio e incluso su posesión o dominio, pasa a ser un factor irrelevante frente al gran factor de la habilidad humana para aprovecharlo, esté donde estuviere y sea de quien fuere.

Dicho énfasis cultural plantea en su apoyo casos históricos como la explotación inicial del salitre nortino en territorios temporalmente fuera de la jurisdicción nacional, la masiva y bien acogida presencia chilota en la Patagonia argentina o del trabajador chileno en la construcción del Canal de Panamá, la exitosa explotación forestal sobre tierras nacionales erosionadas, la insospechada fertilidad de los valles ariqueños a través del inteligente manejo de sus cuencas hídricas, el auge de los parronales en los estériles lomajes copiapinos, de las salmoneras en las propicias aguas australes y los exitosos avances del empresariado chileno en otras tierras.

Todo ello sobredimensiona la importancia de la racionalidad y voluntad humanas que saben sacar partido a un factor pasivo como es el territorio, de cuyo dominio no vale la pena preocuparse ni esforzarse en lograr, pues, a la larga será el conocimiento científico y tecnológico el que prevalecerá por sobre los derechos legítimos de propiedad, muchas veces en poder de dueños ignorantes o indolentes. De aquí el orgullo que manifiesta la ENAP chilena, porque aún cuando están agotados los yacimientos magallánicos, participa en ventajosas otras explotaciones en tierras lejanas, sin paramientos que trabaja simplemente a con-

trato en pozos argentinos situados en aguas que tal vez habrían podido ser chilenos de no haberse perdido soberanía a la salida del Estrecho. Similar desvalorización territorial y sobrevaloración del profesionalismo nacional subyace en las proyecciones del Tratado Minero con Argentina.

Otra gran fuente de prestigio es actuar con el más estricto apego a las orientaciones internacionales consideradas política y culturalmente correctas; suplementan tales bases, con indisimulada satisfacción de quienes así piensan, el brillo intelectual de nuestros pensadores así como las destrezas apolíneas de nuestros insignes artistas. Con frecuencia, estos núcleos de prestigio no dejan de incubar frustraciones, pues muchos de tales exponentes de la cultura nacional y supuestos pilares de nuestro prestigio internacional, no ocultan que, más que destacados chilenos, se consideran ínclitos ciudadanos del mundo.

Así, la nación chilena ha sido forjada por una elite orientada por una confianza ilimitada en la potencia creadora del intelecto y la voluntad humanas; basándose en esta noble perspectiva, pone la mente y los sentidos en los logros y valores de los pueblos señeros de la civilización universal a los cuales espiritualmente se asimila y hermana, adhiriendo especialmente complacida al eurocentrismo.

Con tal fijación cultural, no hay preocupación mayor por la generalizada ignorancia en el conocimiento de la realidad nacional, particularmente de su geografía e historia, disciplinas tildadas de meramente



Torre de prospección petrolera.

descriptiva la primera y burdamente narrativa la segunda.

Bajo tales calificativos, por supuesto dichas materias yacen pospuestas frente al encandilamiento del ser europeo, cuyos rasgos culturales de probada excelencia se nos recomienda internalizar a fardo cerrado, si queremos alcanzar la meta de ser considerados un pueblo verdaderamente civilizado.

C. Reflexiones.

Al aproximarnos al nuevo milenio, esa arraigada agorafobia y esa dominante xenofilia enfrentan una realidad internacional especialmente dinámica, ante la cual ya no aparece tan perfectamente claro como antaño, el poderoso imán del eurocentrismo. De ahora en adelante, la presencia de la globalización y de la integración como perspectivas del futuro abren toda una gama de posibilidades. Frente a ellas cabe analizar si nuestra agorafobia y xenofilia que hemos cultivado con empeño, pretendiendo transformarlos en idiosincráticas, realmente nos van a dar en este nuevo escenario el rendimiento favorable que siempre les asignamos pensando en el largo plazo, y por lo cual descartamos en su tiempo, deliberadamente, otras opciones más concretas que estimamos impropias por considerarlas esencialmente engañosas o innecesariamente riesgosas.

En el caso de la globalización, escenario que obliga a enfrentar los grandes espacios abiertos, es posible estimar que quienes sean culturalmente antigeográficos y antihistóricos respecto de su realidad nacional, flotarán desorientados en un ámbito ingrátido, donde prevalecerán las fuerzas centrífugas del libre intercambio de bienes e ideas, a las que son proclives, sobre las centrípetas de las localizaciones y las identidades, que les repugnan.

En tal pandemonio no atinarán a comprender que el individualismo como clave del éxito personal se esteriliza a sí mismo, pues no podrán alcanzar satisfacción alguna en las ingentes dimensiones globales en las que se articularán precariamente los desintegrados

ciudadanos del mundo; tampoco podrán recurrir, en subsidio, al amparo de una autoridad planificadora y tutelar lo suficiente cercana para concederles alguna atención o trato privilegiado, sintiéndose a la postre, frustrados e impotentes ante el caos de esa única y homogeneizada civilización planetaria, donde la persona será pospuesta por el individuo y el individuo por la cifra.

En la realidad virtual que analizamos, más que un escenario, esto parece una alucinación.

Por otra parte, mucho más estructurado que el anterior puede ser un mundo en el que pervivan dimensiones locales y regionales que, potenciadas por el lenguaje, la cultura y las vivencias históricas surgidas en torno al solar propio, vigoricen y consoliden naciones en el seno de las cuales conviven sus integrantes equilibradamente, como personas gratamente insertas en un mundo propio.

Aún más, con natural optimismo no exento de objetividad, es posible visualizar una progresiva interpenetración vecinal de algunos pueblos, la que al hacerse amplia y profunda, puede conducir al acoplamiento de esas naciones, pudiendo llegar incluso a su refundación en una sola meganación. En un espectro aún mayor, tales naciones y meganaciones, cohesionadas por coincidencias valóricas referidas a ciertos rasgos fundamentales de la especie humana, podrían llegar a conformar grandes agrupamientos culturales, las civilizaciones.

Virtualmente, pese a ciertos avances concretos, tal escenario es aún un espejismo.

Sea como fuere, al enfrentar el tercer milenio en sus opciones fundamentales, el destino abre las puertas a la alucinación y al espejismo.

En un escenario de globalización, tan caro a las orientaciones políticas de corte liberal, donde todo se basa en la ausencia de fronteras y en el auge de los cuerpos intermedios, con las consiguientes ventajas del libre comercio y los beneficios de la transculturación, es obvio que un Estado-Nación agorafóbico y sin médula cultural, subsistirá

precariamente por la emigración de sus ciudadanos más capaces y porque los restantes, al quedar postergados por su relativa incapacidad para surgir, permanecerán en una crítica orfandad acentuada por la dificultad de internalizar la esencia de lo ajeno, de lo cual apenas logran imitar sus rasgos superficiales, normalmente los menos edificantes.

En ese marco de la globalización en marcha, es dable apreciar que los factores favorables a ella se insertan mayormente en los campos económico y político; por su parte, los más reticentes al cambio se dan en los ámbitos social y humano.

Será del caso pues, evaluar en qué medida los primeros podrán cumplir la tarea de potenciarse a sí mismos sin desvalorizar a los segundos. Al parecer, si enfatizamos nuestra preparación para el cambio, podríamos tal vez unir nuestro carro al del progreso, pero si para ello descuidamos nuestra identidad como nación, sólo podríamos sobrevivir a duras penas; individualmente, como balseiros náufragos recogidos en una costa extraña y, colectivamente, como una periférica etnia minoritaria inserta en un mosaico económicamente discriminatorio y políticamente insensible, cuando no hostil.

No podríamos olvidar en tal ejercitación intelectual que en el centro de todo este tema, como meta del esfuerzo colectivo está el hombre, pero no en simples términos de individuo productor y consumidor, sino como un ser al que se le reconocen efectivamente sus derechos intrínsecos a una identidad personal y cultural.

Para estos efectos, cabe evaluar los costos de preterir los instrumentos políticos socialmente cohesionantes, como son el Estado propio y los rasgos culturales nacionales, así como los de privilegiar aquellos otros enajenantes como son las instituciones de variada índole que a nivel nacional e internacional

sobrejerarquizan las fuerzas universalistas de las ideologías y del mercado y tienden a convertir en homogéneas no sólo las pautas del conocimiento, sino las de la cultura.

Por otra parte, en un escenario de regionalización, tan valorado por los socialismos de cualquier signo, que pese a su renovación aún prefieren las planificaciones centrales propias del estatismo, se harán patente tendencias a ampliar los ámbitos de convivencia ciudadana, buscando asociar estrechamente a los Estados-Nación o a refundarlos. Es lo que el Presidente Chirac plantea como la "Europa unida de los Estados", por la cual toma partido, frente a los "Estados Unidos de Europa", favorecida por ultraintegracionistas.

Cada una de tales entidades nacionales deberá tener dimensiones lo suficiente extensas para enfrentar con éxito las exigencias de la competitividad mundial, cuidando a la vez, que en ellas predominen sus rasgos culturales específicos y sean viables y no meras entelequias los canales de una ciudadana participación. Contando con tales garantías, solas se impondrán las ventajas de una asociación, cuyos caracteres generales podrán ir desde una simple unión aduanera hasta una evolucionada fórmula integracionista, según sean las afinidades y las disparidades en cada caso.

D. Proyecciones.

En el caso de Chile, es evidente que la tendencia nacional hacia la sobrevaloración de la más fluida inserción mundial a través de la excelencia del factor humano y la subvaloración del recurso espacial, ha conducido inexorablemente al país a una jibarización territorial y a una sostenida transculturación que atenúa la propia identidad y exalta los rasgos de otras comunidades consideradas más exitosas o más refinadas.



En la perspectiva de la integración a distancia, está claro que nos consideramos capaces de incorporarnos al ámbito de mayor eficiencia económica y mejor calidad de vida y, en tal sentido, hemos tirado líneas hacia la asociación con el potente polo de América del Norte, en cuya condición perteneceríamos al núcleo duro de la globalización, tratando que, con el auxilio de México, sea ella "a la americana", atenuando así los costos culturales de una más amplia mundialización, que incluyera a la UE y a la APEC.

En cuanto a esta globalización, un país como Chile, pese a todos los riesgos que ello implica, debe considerar positivamente su inserción en ella, ya que en este caso, su generalizada xenofilia y su particular eurocentrismo le sirven de tobogán.

Sin embargo, hay que estar alerta a sus evidentes falencias, para lo cual habrá que, por una parte, reforzar la adecuación tecnológica que facilite su participación en el modelo en forma fluida y estimulante y, por otra, no descuidar la raíz cultural propia, para hacerla prevalecer y así asegurar a todos la saludable satisfacción de la necesidad psicológica de pertenencia.

Especialmente demoledoras pueden ser las circunstancias extremas de la globalización en que las exigencias asfixiantes del predominio científico-tecnológico lleguen a marginar al hombre chileno haciéndole difícil subsistir, o bien, que las presiones de la transculturación, le lleven a concluir que bajo tal impronta tal vez no valga la pena vivir.

En cuanto a una integración vecinal, el plano de la realidad internacional de nuestro ámbito nos permite consignar que Argentina es la más eurocéntrica de las naciones sudamericanas y, además, la de mejor visión espacial del Cono Sur, pues solamente la aventaja en este rubro la República Federativa del Brasil. Ambos rasgos la colocan como el Estado de mayor peso cultural y político entre sus vecinos de habla española.

Ante esta realidad, aparece como natural que hoy en día, al interior de nuestras fron-

teras, donde se afirma con gran énfasis el contenido eurocéntrico de la cultura, tome fuerza una poderosa tendencia integracionista con Argentina, en la cual Chile espera encontrar un ámbito culturalmente favorable para su desarrollo ulterior.

También impulsa dicha tendencia nuestra débil apreciación del fenómeno espacial, ante lo cual pareciera que se estima preferible cobijarse plácidamente junto a quienes han madurado geopolíticamente y así poder obviar los desafíos de enfrentar aisladamente las exigencias territoriales propias de la vida internacional.

Nos enfrentamos así a la disyuntiva abierta por dos vertientes: una amplia, de orden continental sin descartar el ámbito mundial, en la fórmula del regionalismo abierto, para la cual nuestra xenofilia ha estimulado por décadas las luces de la alucinación, y otra, más restringida, de índole vecinal, que se ha desarrollado recientemente con miras al espejismo, y que se sustenta con más fuerza porque combina concurrentemente esa misma xenofilia con nuestra centenaria agorafobia.

De hecho, en Chile pareciera vislumbrarse persistentemente, no ya la decisión, sino la fórmula vecinal. Se materializaría, a partir de la creciente vinculación económica en curso, por la vía de una integración física considerada salvadora para los criterios agorafóbicos, ya que permitiría juntar nuestro esmirriado territorio con el amplio espacio acumulado tesonera y pacientemente por el vecino, lo que nos libraría de los rancios, anacrónicos y lacerantes traumas de fronteras, estableciendo una sólida base espacial para la más amplia proyección conjunta.

Luego seguiría una fase de integración cultural y humana, la que, esquivando excesivos desgarros sentimentales, lograría constituir simbióticamente una comunidad homogénea, formada por dos naciones unidas estrechamente ante el mundo, la que sería a futuro, el verdadero substrato de una emergente meganación. El Estado así naci-

do tendría características propias de una Potencia mediana, sin límites en su posterior escalada en la jerarquía internacional.

Factores de fuerza nacionales para este esquema serían, en lo territorial, nuestra tierra de océano, que abre la llave del Pacífico para el masivo desbordamiento continental; en lo cultural, nuestro practicado eurocentrismo y, en lo político, las ahora hermanadas democracias y la tan elogiada y cultivada mutua amistad trasandina.

Puede ser que en cuanto a prestigio internacional desde la perspectiva europea, que tanto nos importa y a veces tanto nos hace padecer, se presente una transitoria debilidad que nos afecta a ambos; sin sentirnos disminuidos por circunstancias coyunturales, pareciera que se dan las condiciones a nivel mundial para sublimar nuestro acento marcadamente eurocentrista y, como países jóvenes pero con experiencia, lograr distanciarnos de una relación directa con esa tutoría valórica, que ya ha cumplido con creces su carácter catalizador, ateniéndonos con mayor énfasis a los principios rectores que en base a nuestra historia y a nuestra idiosincrasia, hemos sabido formular.

Con todo, mediante un análisis menos invadido de cursos de acción predeterminados, siempre cabe reapreciar el contexto en que se hace presente tan inexorable perspectiva integracionista, que no descalificamos en cuanto a sus indudables méritos, sino en cuanto puede implicar una precipitada implementación que, por la correlación de fuerzas, significaría de hecho un prematuro desistimiento de nuestro camino propio.

Como paso inicial de dicho ejercicio, cabría tomar conciencia del peso muerto de nuestra agorafobia, que nos ha arrastrado por una ruta sin alternativa hacia el cumplimiento de una profecía autocumplida, así como el riesgo contenido en una xenofilia irreflexiva que puede dar margen a irreversibles dependencias.

Paralelamente, también podremos fortalecer nuestra capacidad para parti-

cipar en la onda globalizadora. Para tal efecto, cabe profundizar en nuestra fuerza laboral su dominio en áreas de servicios de mayor transnacionalización, sin descuidar los esfuerzos para hacer relevantes nuestros valores y los estudios para el conocimiento de los recursos propios. Con todo lo anterior, es probable que la globalización pierda mucho de su reconocido carácter culturalmente depredador que tanto inhibe la participación profesional de nuestros recursos humanos y, por otra parte, se haría así más factible la estimulante radicación en nuestro suelo de elementos claves de dispositivos productores u operacionales de carácter transnacional.

Despejadas así en parte, las brumas que obnubilan a veces la capacidad prospectiva nacional, cabría rescatar de sus difusos lineamientos conceptuales el diseño de nuestro proyecto nacional y volviendo responsablemente la vista hacia nuestro entorno espacial, en particular al mar, pudiéramos remontar con paso firme el áspero camino que nos hace más claramente partícipes de nuestro destino.

Evoquemos sin prejuicios, la ruta que siguen tantos pueblos de dignidad a toda prueba, que hoy luchan no sólo por vivir soberanos en su tierra, aquella en la que engendraron y acunaron las modalidades de su convivencia y que los hace diferentes en su personalidad colectiva, sino que también saben, desde esa tierra propia, otear sin complejos los horizontes que a su alrededor señalan el ámbito natural que les permitirá sustentar mayormente su propio desarrollo, ya sea envueltos en los pliegues de la alucinación o incorporados en términos gravitantes en la construcción del espejismo.

Decidámonos pues, a forjar una nación unida y confiada en sí misma y en su patrimonio territorial y cultural, consciente de su trayectoria histórica y de la necesidad de contar con un espacio propio, por todos conocido y apreciado, de modo tal que el desarrollo humano que logremos en base a ello no renuncie jamás a nuestros rasgos distintivos, siendo el más importante

el indisimulado orgullo por los perfiles idiosincrásicos de nuestra nacionalidad.

En tal predicamento, sin someternos a una cultura universalista que propugna una sociedad humana integrada por ciudadanos del mundo idénticos entre sí, sepamos apreciar claramente el sentido de ser diferentes, pues la indispensable confraternidad humana no se funda en una relación igualitaria entre individuos análogos según una igualdad propia de clones, sino en una vinculación de seres distintos surgidos de la amplia vigencia de comunidades nacionales, seguras de sí mismas, vinculadas funcionalmente al amplio mundo planetario pero abiertas equitativamente al ámbito regional que las respete en su individualidad, descartando todo prejuicio que las asuma como destinadas a fagocitarse entre sí.

El desafío de la globalización encuentra en una firme vocación nacional la mejor vía para enfrentar unidos y con éxito las altas

exigencias del desarrollo a nivel mundial, sin que ello implique necesariamente debilitar la identidad nacional.

Por otra parte, un núcleo nacional políticamente asertivo no es obstáculo para una asociación entre naciones; antes por el contrario, la más clara definición de la identidad y vocación nacionales hará más fácil la concreción de la natural tendencia a lograr una integración sui generis, desde la cual impulsar los factores propios del desarrollo para alcanzar individualmente una superior calidad de vida y, como unidad política, una gratificante y protectora estatura internacional.

Así, un Estado-Nación a escala humana, se alza aún como el más adecuado marco espiritual y organizativo para impulsar el desarrollo solidario del núcleo poblacional que lo constituye y para hacer realidad el pleno goce de las libertades y capacidades personales, meta última de toda comunidad civilizada.

